

LA CIUDAD Y SUS PRISMAS

Pargua es, de algún modo, el fin del continente chileno. Al menos, de aquel que, a pesar de su latitud austral, aún ostenta poblaciones, playas y caminos. Lo que se prolonga al este de Puerto Montt es una línea costera ferozmente escarpada e inhóspita, poblada de fiordos deshabitados y de volcanes. Pargua, es apenas un embarcadero. Frente está Chiloé, cuya ribera norte carece del esplendor montañoso del sur de la isla, separada por el temible canal de Chacao, que tanto espantó a los navegantes españoles cuando los navíos eran propulsados a viento. Sólo puede cruzarse en ferry y nadie sospecharía que el apacible cruce pudiera encerrar tantos peligros para un velerista desprevenido. En la parte más estrecha del canal, que mide dos kilómetros y medio de ancho, las corrientes pueden alcanzar los nueve nudos y las mareas tienen, diariamente, una oscilación de siete metros. A eso habría que agregarle los peligrosísimos remolinos y las piedras apenas sumergidas que echaron a pique a numerosos navíos. Tanto terror les provocaba a los españoles, que un día decidieron incendiar la iglesia de Chacao, con lo cual les resultó más fácil trasladar a los pobladores a San Carlos, donde se construyó un fuerte y que contaba, además, con un puerto oceánico. Con los años, cambió su nombre por el de Ancud.

Sin embargo, la profecía meteorológica no se había cumplido. A medida que el ferry enfilaba hacia Chacao, que en idioma de los indios chonos significa *caleta de tacas*¹, el cielo estaba asombrosamente límpido y el sol iluminaba la costa chilota. Era inevitable, entonces, preguntarse por qué no se había construido un puente, ya que la distancia entre isla y continente en su tramo más angosto era de apenas dos kilómetros y medio. Pronto supe que existían razones técnicas, a las cuales se les sumaban otras que bien podrían tener la fuerza de un dogma teológico.

-Imagínese usted, cómo podrían sentarse las bases de un puente con corrientes de nueve nudos. Qué buzos soportarían semejante fuerza de arrastre –me comentó un pasajero chilote que vivía en Castro. –Cómo serán esas corrientes, que ni siquiera la energía eléctrica viene por cable subterráneo, sino por un sistema aéreo.

Y, en efecto, podían observarse nítidamente las torres que transportaban la energía. Pero esas eran meras argucias técnicas. El problema era otro y se relaciona profundamente con la historia y la identidad de Chiloé. Esa remota isla nunca había dependido política y administrativamente de Santiago durante la colonia, sino de Lima, del virreinato del Perú. Para Chile, era una suerte de desprendimiento, como si

¹ Marisco que abunda en Chiloé.

un cataclismo la hubiese separado no sólo geográficamente, sino también en lo cultural. Y, durante los fragores de las guerras de independencia, Chiloé se mantuvo al margen; peor aún, los chilotes estaban contentos con su rey español y evitaron ayudar a los revolucionarios chilenos. Pero en 1826 la tensión política se hizo intolerable y la isla, finalmente, se incorporó al territorio de Chile. Claro que, después, vino el castigo. Chiloé fue aislado, como si se hubiera tratado de una isla perdida en el océano y no tuvo contacto cultural con el resto del continente.

Eso, de algún modo, creó una identidad chilota, rica en mitología y en brujería y que no se encuentra en ningún país de Latinoamérica. La construcción de un puente, para los fundamentalistas, destruiría precisamente esa cultura tan preservada a través de los siglos. Centenares de vehículos irrumpirían diariamente en Chiloé y, junto con esa invasión, llegarían para ellos algunas lacras posmodernas: los locales de *fast food*, un turismo incontrolable que produciría un imprevisible impacto ambiental, la proliferación de horribles moteles y un tránsito vehicular que terminaría con la paz de la isla. Para otros, en cambio, el puente transformaría la infraestructura y la economía, que han quedado décadas atrás en comparación con el resto de Chile.

Lo cierto es que, por ahora —y acaso por mucho tiempo— el ferry es el único transporte para cruzar. Chacao es apenas un punto de desembarque y su pequeña plaza aún alberga la iglesia de dos torres, una más entre las ciento cuarenta que posee la isla y que pueden considerarse únicas. Los poblados de Chiloé, en tiempos pretéritos, deben haber sido más que modestos. John Byron, abuelo de Lord Byron, naufragó en la fragata *Wager* al sur de la isla y pasó algún tiempo en ese territorio. Sus comentarios sobre Chacao fueron reveladores.

Pusimos tres días en llegar a Chacao, porque las mareas entre la isla y el continente son tan rápidas, que ningún pobre bote puede rendirlas. Aquí se tomaron las mismas precauciones que en Castro; atravesamos una calle llena de soldados armados como los que antes había descrito, excepto unos pocos que realmente tenían mosquetes de mecha, que son las únicas armas de que disponen aquí. Durante el viaje, los soldados nos habían hecho pomposas descripciones del palacio del rey, como ellos llamaban a la casa del gobernador, de modo que nosotros esperábamos ver algo magnífico, pero resultó que aquello no era sino un granero techado y dividido en varios departamentos.

No sería aventurado afirmar que, a medida que se avanza hacia el sur de Chiloé, la tierra se vuelve progresivamente agreste y deslumbrante. El archipiélago, las islas con nombres sonoros -Linlin, Quinchao- están definitivamente al sur. Y el epicentro de ese mundo es Castro, que se asoma a un fiordo de aguas azules y que tiene alguna clase de *glamour*, sobre todo si se lo compara con Ancud, en la costa norte de la isla. Sería erróneo creer que esta ciudad posee edificaciones que parten de principios estéticos. Por el contrario, tiene la monotonía y la humildad de los pueblos chilenos, con casas de madera arbitrariamente pintadas, viejas, modestas y poco

atractivas. Sin embargo, en conjunto producen un efecto visual donde esos defectos terminan desapareciendo. El problema de las pequeñas ciudades chilotas es que hay poco que ver, salvo algunos imperativos categóricos. La iglesia de Castro, frente a la Plaza de Armas, es uno de ellos.

Y es imperativo su conocimiento porque posee uno de los interiores de madera más bellos no ya de Chiloé, sino del mundo. Paredes, columnas, altar, retablos, arcos conforman una suerte de estallido de maderas en un mismo tono que, curiosamente, han sobrevivido circunstancias poco menos que apocalípticas, desde dos incendios consecuencia de incursiones de piratas holandeses, en el siglo VII, otro ocasional en 1772 y – sorprendentemente- haberse mantenido en pie durante el peor terremoto en la historia de Chile, en mayo de 1960. Si agregamos el convento de los franciscanos y los palafitos sobre el río Gamboa –humildes viviendas sobre pilotes- Castro queda prácticamente agotado. No es lo que hay para ver lo que atrae, sino el *clima* que transmite, donde se conjugan un fiordo de belleza incomparable, las viejas edificaciones, un puerto nostálgico y un desfile de mochileros que provienen de todas partes del mundo.

Si en Frutillar la hotelería es precaria, en Castro no le va a la zaga. El único hotel de material es *La Hostería de Castro* -construido donde se erigía la vieja Casa Díaz, un palacete de estilo normando-, donde no se escuchan las conversaciones ni los ruidos de las habitaciones contiguas, a diferencia de la mayoría de los hoteles chilenos cuyas paredes son tabiques de madera que no aíslan ruidos ni otros desbordes, pero los horarios para el agua caliente son absolutamente imprevistos. Sin embargo, es un placer sentarse a la hora del crepúsculo, paladear un *pisco sour*, escuchar los estridentes graznidos de los *theriscus caudatus melanopis*, comúnmente denominadas bandurrias, que anidan en un árbol próximo a la terraza, y contemplar una de las vistas posiblemente más bellas de Chiloé.

El día puede culminar cenando en *Sacho*, cuyo primer piso también se abre al fiordo. Ahí está todas las noches su propietaria, doña Chabela, esforzándose en que todo funcione a la perfección. La música que invariablemente acompaña a los comensales va desde *Tico tico no fuba*, hasta *Un hombre y una mujer*. La noche que fui al restaurante posiblemente más agradable de Castro, doña Chabela cenaba con invitados en una mesa de la planta baja. Y, mientras relataba cómo sobrevivió jugando toda una velada en el casino con apenas treinta dólares, descubrió que yo había ordenado ensalada de frutas y que intentaban servirme una enlatada, lo cual para ella era poco menos que una herejía. Se incorporó y salió del restaurante. Poco después regresó con un melón debajo del brazo y un puñado de duraznos y dio orden que se me sirviera un postre como correspondía.

Casi lindera con el restaurante, está *El Tren*, una librería atacada por la escenografía posmoderna, tanto en el estilo de decoración donde abundan las maderas claras y los colores pastel, como por los títulos que ofrece: best-sellers, libros de autoayuda, ediciones culinarias, dramas de Isabel Allende, carísimos ejemplares con fotografías y alguna que otra novela de Horace Lovecraft. Todo eso matizado por la sonoridad de fados interpretados por Amalia Rodrigues. Cuando se llega a una ciudad y ni siquiera se conoce a uno de sus habitantes, entrar a una librería puede ser un buen comienzo.

-Tiene que conocer a Mario Contreras Vega –me sugirió la propietaria. Supe, entonces, que Chiloé congrega a varios escritores –Contreras Vega es uno de ellos- cuya narrativa está profundamente relacionada con la tierra. Suelen escribir libros acerca de la mitología, de la brujería y de las costumbres de la isla, por lo general financiando sus propias ediciones. Curiosamente, se mantiene la vieja escuela literaria sudamericana de principios del siglo XX –Alcides Arguedas, en Bolivia; Ciro Alegría, en Perú- que desdeñaba los dramas urbanos y narraba la existencia, los sufrimientos de aquellos hombres relacionados con la tierra. No fue fácil encontrar, en Castro, a Mario Contreras Vega: no tenía su número de teléfono y sólo supe que vivía en una cuadra imprecisa de la calle O’Higgins. Pero la dueña de la librería me había dado un dato revelador: en el balcón del escritor, que se asomaba a la calle, había un cartel. En efecto, apenas lo divisé pude leer: “Puente en Chacao, segunda colonización de Chiloé”.

Se ingresa por un oscuro pasadizo que pareciera desembocar en algún depósito: una puerta conduce a la amplia planta alta, que es donde vive. Pero antes de adentrarse en su mundo, conviene señalar que la morada de un escritor, en Castro, tiene poco que ver con la que se espera encontrar en otros lugares del planeta. Ni es un pequeño departamento en alguna ciudad europea, ni una casa en el campo donde el narrador trabaja en un escritorio poblado de libros. En Chiloé, las viviendas son particularmente humildes y hasta pueden causar desconcierto cuando se llega por primera vez. Los estrechos pasadizos entre paredes de madera suelen ser caminos habituales hasta encontrar la casa. Las fachadas y los lobbys no forman parte de la cultura de la isla.

Mario vive en un amplio primer piso, rodeado de gigantescas fotografías del Che Guevara, de Pablo Neruda y de Salvador Allende. Algunos integrantes de la izquierda chilena, sobre todo la que padeció la dictadura del general Augusto Pinochet, encontraron en Chiloé un espacio capaz de contenerlos y, a la vez, propicio para rehacer sus vidas. Mario no nació en la isla, sino en el continente chileno, en Coyhaique. Pero llegó a Chiloé cuando tenía siete años, luego contrajo matrimonio con una chilota y se comprometió intelectualmente con esa tierra, escribiendo libros sobre los mitos, la brujería y los piratas. En sus libros, se sumerge en la riquísima mitología de Chiloé, con su galería de seres míticos como El Caleuche, El Thrauco, La Fiura, La Voladora, por nombrar algunos. Y, como en la mitología griega, cada deidad representa un conflicto humano.

Posiblemente, los escritores han encontrado en esa isla el componente que necesita todo intelectual: el imprescindible aislamiento, una cultura opuesta a la urbana, la psicología de sus habitantes, la lejanía con las tendencias globalizantes y un riquísimo material humano, histórico y geográfico sobre el cual escribir. Y son varios quienes habitan o nacieron en esa tierra, desde Francisco Coloane –ya fallecido-, una suerte de gloria de las letras chilenas que nació en Quemchi, al norte de Castro, donde transcurrió su infancia, hasta Renato Cárdenas Álvarez, intelectual y escritor de primera línea, experto en mitos chilotas.

Curiosamente, en Chile aún se mantienen, desde un punto de vista político, la izquierda y la derecha *à outrance*. A veces, es inevitable sentir que en esas latitudes chilotas el tiempo parece haberse detenido, que no han pasado treinta años desde que la Unión Popular, partido que llevó al

poder a Salvador Allende, fue prácticamente exterminado por el gobierno militar del general Augusto Pinochet. Los escritores, los intelectuales, siguen siendo de izquierda en el más puro sentido histórico, independientemente de los cambios que se produjeron en el mundo. Quizás los intelectuales chilenos –y también varios latinoamericanos- han quedado fijados en un modelo político y de pensamiento que acaso no tiene un rol preponderante en el mundo actual. Pero, entonces, habría que entender que la mayoría de ellos sufrieron en carne propia la prisión y el ostracismo, experiencia no siempre olvidables.

Mario Contreras Vega pertenece al grupo de escritores que conoció la cárcel, simplemente por sus ideas. Lo recuerda, mientras conversamos alrededor del fogón de la cocina, que en la cultura chilota tiene un profundo significado ya que brinda calor en días inhóspitos y reúne a la familia y a los amigos. En Chiloé, hubo más de 120 detenciones, por el mero hecho de pertenecer a la Unión Popular. También funcionó el sistema del “soplón”, de la delación, de las venganzas personales.

-Apenas cayó el gobierno de Salvador Allende, en setiembre de 1973 –recuerda-, fui detenido y enviado a Puerto Montt, a la cárcel común. Me pusieron en la planta baja, donde se hacinaban presos políticos con delincuentes. Ahí conocí, por primera vez, lo que era la humillación, la negación de la condición humana, el salvajismo de nuestros militares. A los hombres de setenta años los obligaban a hacer flexiones, como si tuvieran la contextura física de un joven. Cuando se cansaban y, jadeantes, se daban por vencidos, eran brutalmente pateados para que prosiguieran.

Fueron varios los horrores que Mario presencié en la cárcel de Puerto Montt. Afortunadamente, fue liberado a los dos años y mostró, en ese momento, una actitud irreductible. Otro detenido, ante el mero hecho de ser dejado en libertad, hubiera salido corriendo a la calle como alma que lleva el diablo, con tal de alejarse de ese centro del horror. Mario, en cambio, se tomó todo el tiempo necesario.

-Exigí que me pagaran el bus de regreso a Chiloé –revela. –Ante la mirada atónita de mis carceleros, fui todavía más allá. ‘Yo no pedí venir a Puerto Montt` -les espetó.

Y logró que sus captores, sus enemigos, le pagaran el pasaje de regreso.

Los escritores, en Chiloé, cuando intentan editar su obra, carecen de las imprescindibles herramientas que suelen existir en los grandes centros urbanos,. En Castro no hay editoriales, ni tampoco disponen de recursos –y de energías- para trasladarse a Santiago y hacer lobby con casas editoras y diarios. Las obran se publican, pero son ediciones financiadas por el autor. Como es de prever, son de tiraje limitado, ya que no forman parte de un circuito de distribución y de publicidad. La excepción fue Francisco Coloane, nacido en un pueblo en aquel entonces maderero al norte de la isla, porque vivió en Santiago y ejerció el periodismo, lo cual le permitió relacionarse con el mundo editorial. Habría que agregar, también, que fue un narrador excepcional y que bien puede figurar entre los grandes de América Latina.

Y, si de escritores chilenos se trata, Chiloé no fue ajeno a ellos. En los círculos intelectuales chilenos, ser de izquierda era casi un imperativo durante la segunda mitad del siglo XX. El poeta Pablo Neruda y José Donoso fueron los mejores ejemplos. A Pepe, como lo llamaban a Donoso,

lo conocí en Buenos Aires a mediados de la década del 80 y descubrí en su deliciosa conversación a un hombre no sólo talentoso, sino también dotado de un particular sentido del humor. Pertenecía a una de las grandes familias chilenas, lo cual no obstó que, caído Allende, tomara el camino del exilio. ¿Qué relación podía tener con Chiloé un hombre de la clase alta de Santiago, que había vivido en Europa y que había escrito obras memorables como *El obsceno pájaro de la noche*. ¿Qué podía unir a ese inequívoco hombre de mundo, con los modestos habitantes de una isla en los confines australes? Al parecer, bastante.

Fiel a sí mismo y a sus ideales, participó en una manifestación en Castro a mediados de la década del 80, cuando justamente en Chile se había decretado, hacía poco, el estado de sitio. Por el solo hecho de tener barba, José Donoso, el gran escritor chileno, el hombre de letras reconocido en el mundo de habla hispana, el aristócrata santiaguino, fue detenido y arrojado a un calabozo en la comisaría de Castro, donde compartía el reducido espacio con otros presos. Pero es reconocido y alguien dio la consigna. No pasó mucho tiempo para que prominentes políticos de Santiago llamaran por teléfono a Castro para que liberasen inmediatamente a José Donoso. Qué papelón internacional. Cómo un escritor de su talla iba a ser encarcelado sólo por tener barba. Había que tapar todo el asunto. Mucho mayor fue la sorpresa de sus carceleros, cuando recibieron un llamado telefónico del primer ministro de España pidiendo su liberación. Las puertas de la celda se abrieron de par en par. Pero José Donoso tenía sus principios y fue tajante.

-No me voy de esta celda hasta que no liberen al resto de mis compañeros.

Después de tires y aflojes, ganó la partida. Todos los detenidos por haber intervenido en la manifestación fueron liberados.

Mario Contreras Vega, como se hubiera dicho hace algunas décadas, es un escritor "comprometido": significa, en suma, que sus escritos y su pensamiento se relacionan directamente con su espacio y su tiempo. Y es habitual que extranjeros recalen en su casa de Castro, en particular antropólogos en busca de las raíces culturales de los indígenas. Mario, como la mayoría de quienes pueblan Chiloé, suele pasar el fin de semana en el campo. Se trasladan a alguna colina apartada, a una modesta casa de madera posiblemente rodeada de manzanos; o al *bordemar*, donde suelen alojarse en una construcción a orillas del mar. En el caso de Mario, se dirige a la margen norte del lago Huillinco, que es la más agreste y despoblada, a una casa de madera que es una excelente alternativa para alejarse temporalmente de Castro. Allí tomó contacto con campesinos, con sus costumbres y, también, con sus relatos.

-No hay que creer demasiado en lo que dicen los campesinos – sostiene Mario. -Tienen una inveterada tendencia al invento. Hace poco tiempo, me visitó un antropólogo español que quería entrar en contacto con descendientes de huilliches para conocer en profundidad su cultura. Naturalmente, lo contacté con uno sumamente pintoresco que vive cerca del lago Huillinco.

Hacia allí partió, entonces, el estudioso, con un grabador profesional. El resultado fue una extensa conversación donde el campesino desgranó vivencias propias y ajenas, desde el encuentro con seres fantásticos hasta

episodios extraordinarios para el ojo occidental. Volvió a Castro apasionado con el material obtenido y se lo hizo escuchar a Mario. El escritor, mientras lo oía, permaneció en silencio, como si se hubiera sumergido en una desusada concentración.

-Descubrí que, lo que había relatado el campesino, eran puros cuentos, algo habitual en la clase rural chilota. En realidad –confiesa- tuve un problema de conciencia. Cómo decirle a mi amigo español que nada de eso era real. Preferí no hacerlo y que siguiera creyendo en la magia.

Es comprensible que los escritores que viven en Castro se opongan, con ferocidad, a la construcción de un puente que una la isla con el continente. Sus convicciones son tan profundas, sus temores a que la identidad cultural del chilote –bastante modificada, por cierto, con la nueva economía que introdujo la industria salmonera- sea devastada, el temor a que esa suerte de paraíso insular se transforme en un reducto más de la globalización y de la vulgaridad, que han iniciado un movimiento de protesta. En el balcón de Mario Contreras Vega que se asoma a la calle O'Higgins, hay una inmensa pancarta donde se dice “no” al puente de Chacao. Los intelectuales saben que el turismo masivo que eso implicaría, el impacto ambiental y los drásticos cambios de las costumbres –proceso inevitable ante semejante apertura- en nada favorecerá al chilote. Por el contrario, le haría perder lo que, durante tantos siglos, mantuvo casi incólume.

Mario, en su conversación, utiliza la dialéctica y es un placer escucharlo. Existe una explicación intelectual para todo y la cultura es el bien máspreciado. Hubiera permanecido más tiempo conversando con él, ya que no es fácil encontrar el pensamiento abstracto en esas regiones australes. Pero su mujer apareció, de improviso.

- Hay una emergencia –advirtió, excitada.

Mario se levantó como si hubiera visto al diablo e interrumpió la conversación.

-Debo irme –se disculpó.

El fuego es el peor enemigo de los chilotes, ya que absolutamente todo está construido en madera, y se producen incendios con notable asiduidad. Y los escritores, en Castro, también suelen ser bomberos voluntarios.

Santiago de Castro fue fundado en 1567. A pesar de su ubicación estratégica en el medio de la isla, durante siglos nunca dejó de ser un villorrio perdido en los confines australes, sin ninguna relevancia estratégica. Pero el damero político europeo, a fines del siglo XVI, iba hacer salir a la superficie a Chiloé, una tierra perdida en el mapa y Castro sería protagonista de un ataque de piratas holandeses particularmente virulento, con características trágicas y, también, novelescas. ¿A qué se debió que una ignota aldea española sobre el Pacífico, aislada hasta del continente chileno, con uno de los peores climas del mundo, atrajera la atención de potencias europeas? Al simple hecho de que a España -que, junto con Portugal, dominaba los mares, además de haberse repartido del mundo a partir del Tratado de Tordesillas- le salieron competidores marítimos: Inglaterra y Holanda. Y es este último reino de tamaño reducido quien empezaría a

jaquear en los mares a la gran potencia católica. Hábiles comerciantes y notables diseñadores de barcos, como también avezados marinos, los holandeses se transformaron en una creciente amenaza.

Desde la óptica actual, resultan casi incomprensibles las motivaciones que impulsaban a Holanda. Las guerras de religión entre católicos y protestantes, la captura y destrucción de fortalezas ultramarinas, el pillaje que financiaba las expediciones y la matanza de españoles, eran las principales. Pero había un atractivo incandescente, que cegaba a gobernantes y piratas: las islas de las especias, las legendarias Molucas, cuyos productos eran máspreciados que el mismo oro. Una bolsa de granos de pimienta costaba más que una bolsa de metales preciosos. Había dos vías para llegar a esas islas codiciadas: por el cabo de Buena Esperanza, o por el Estrecho de Magallanes. Y es ahí cuando Chiloé adquiere una preponderancia insospechada, precisamente porque era inevitable que los barcos, después de atravesar el estrecho y remontar el Pacífico, se encontraran con esta isla primitiva, aislada, capaz de brindar excelentes maderas, agua y mariscos en abundancia.

Por eso, en 1598 partió de Gorea, un puerto próximo a Rotterdam, una poderosa expedición compuesta por cinco naves disfrazada de fines comerciales, comandada por Jacob Mahu. Baste decir que esa insuperable flotilla padeció todos los horrores náuticos de la época: tormentas, enfermedades, muertes, pérdida del rumbo, dispersión (cómo habrá sido de significativa que una de las naves llegó al Japón), que se hicieron sentir con rigor al llegar a los mares australes. Pero, para hacer esta historia corta, sólo señalemos que una de las embarcaciones, la *Fidelidad*, al mando de Baltasar de Cordes, fue la que llegó a Chilhué, como se denominaba a la isla en aquella época. Arribó maltrecha, con una tripulación hambrienta y agotada, recalando en la costa norte de la isla, en la actual península de Lacuy. A bordo, ocupando un rol preponderante dentro de la jerarquía náutica, estaba Antoine El Negro, uno de los piratas más sanguinarios de la época, lo cual revela que la expedición de pacífica nada tenía.

Los holandeses permanecieron seis meses en esas latitudes, reponiéndose de las penurias del viaje, pero, sobre todo, manejando hábiles intrigas con los indios. El solo hecho de que este pueblo supiera que los recién llegados eran enemigos de los españoles, los enardeció hasta el punto de la sublevación. Qué manera eficaz de liberarse de encomenderos y gobernadores hispanos, que los habían sometido hacía treinta años. Y si cinco mil indios mapuches amenazaban en ese momento a Osorno, por qué ellos deberían ser sumisos. Era la gran oportunidad y el destino había puesto a estos marinos en su camino. Claro, que habría que señalar que la *Fidelidad* era una embarcación de 220 toneladas con dieciocho piezas de artillería, con un poder ofensivo nada desdeñable. Piratas y nativos pergeñaron, entonces, cómo apoderarse de Castro y aniquilar a los españoles.

Y así fue que una mañana de abril, ingresó al bellísimo fiordo de Castro la *Fidelidad*, luciendo sus mejores galas, con banderas hasta el tope y haciendo sonar el clarín. Las autoridades quedaron poco menos que perplejas. Estaban al tanto de que holandeses navegaban por las costas orientales de Chiloé y, desconfiando de sus intenciones, habían reforzado las fortificaciones de la ciudad. El Corregidor había ordenado, entonces, que

todos los españoles se refugiaran en el fuerte. Pero ésta no parecía ser una nave pirata. Cómo habría de serlo, si el capitán había solicitado que alguna autoridad abordase la nave para verificar que venían en son de paz. Posiblemente, el aislamiento de la isla en un mundo donde las comunicaciones tardaban meses en llegar de Europa a América, les impidió estar al tanto de que Inglaterra, los Países Bajos, es decir, Holanda y Francia, habían formado en 1596 una alianza contra España, con lo cual la mera presencia de una nave perteneciente a uno de esos países debió haber sido considerada, sin miramientos, enemiga. Pero los castreños lo ignoraban. El Corregidor designó a Pedro de Villagoya para que abordase la nave y parlamentara con los holandeses, iniciativa que constituyó el primer eslabón de una cadena de errores e ingenuidades.

El emisario sucumbió ante el encanto personal y los argumentos de Baltasar de Cordes, quien, además, le manifestó ser católico, lo cual en la época actual carece de importancia, pero en 1600, a pocos años de las matanzas entre católicos y hugonotes, equivalía a un dogma de fe. El viaje de la *Fidelidad* –afirmó el capitán– era meramente comercial y basta imaginar la credulidad de Villagoya ante la ristra de penurias que había sufrido la tripulación hasta llegar a Chiloé. Además, qué sincero que había sido Baltasar de Cordes. ¡Si incluso le había revelado que los indios le habían propuesto un plan para eliminar a los españoles! Según Errázuriz, notable historiador chileno de fines del siglo XIX, en su *Historia de Chiloé*, Cordes, refiriéndose a los nativos, “insistió sobre la necesidad de estar siempre en guardia y de desconfiar de esos traidores”.

El emisario regresó a Castro hecho un jolgorio. Bastó apenas una visita a la nave para comprobar que las intenciones de los holandeses eran absolutamente honestas y que convenía parlamentar en vez de iniciar hostilidades. Además, la embarcación estaba dotada de un poderoso armamento capaz de disuadir cualquier ataque. Las autoridades no demoraron en darle la razón. Regresó a la nave con presentes para el capitán y siguieron los agasajos, las confidencias y, por qué no, un plan conjunto que podrían aplicar españoles y holandeses para eliminar a los indios sediciosos. Sería fatigante enumerar los pormenores del plan, pero baste decir que los castreños, en una inequívoca muestra de sinceridad y consideración, recibieron pólvora y mil balas de arcabuz, por parte de los piratas, para que defendieran la ciudad de un inminente ataque de los aborígenes.

Las consecuencias, claro, fueron otras. Cordes desembarcó a gran parte de su tripulación alegando que, si eran atacados, era necesaria y convenció a las autoridades para que enviara bordo de la *Fidelidad* a sus seis mejores capitanes con el propósito de elaborar una estrategia conjunta de defensa. El resultado fue que Pedro de Villagoya, que estaba en la nave, y los seis oficiales fueron inmediatamente degollados. La carnicería que le siguió no había tenido precedentes en la historia de la isla. Las huestes piratas, apoyadas por los indios, entraron en la ciudad, convencieron a la población –que aún no estaba al tanto del contubernio– de encerrarse en la iglesia, lo que significó, sin más, que se habían metido en una trampa. Cordes hizo asesinar a todos los hombres, que eran alrededor de treinta, y perdonaron la vida a las mujeres no por compasión, sino para someterlas sexualmente o convertirlas en esclavas de los indios. Ni siquiera se salvó de

las hordas el cura párroco de Castro, Pedro de Contreras Borra, ya que fue muerto a pedradas y a golpes hasta por los propios indios a quienes había bautizado y predicado el catecismo. Por si eso fuera poco, le cortaron luego la cabeza.

Pero los planes de Baltasar de Cordes, como suele suceder en la historia, habrían de tener otro desenlace. No muy lejos de la ciudad estaba el capitán español Luis Pérez de Vargas, con veinticinco hombres y una noche decidió que pronto atacaría a Castro, por sorpresa. Y es aquí cuando surge una heroína capaz de dar vuelta los acontecimientos y de transformar la derrota en triunfo. Doña Inés Bazán, viuda del capitán Juanes de Oyarzún –de ella se trata- iba a transformar la toma de Castro en una victoria pírrica. Los piratas, a diferencia de los soldados, carecían de una estructura militar, de una rígida disciplina y, en particular, de la imprescindible conducta, del necesario control una vez logrado el triunfo. Por eso, doña Inés, aprovechando el absoluto estado de embriaguez de los invasores -lo cual era de esperar por su falta de disciplina castrense- tuvo la ingeniosa idea de mojar las mechas de los cañones e insertar un clavo en el agujero donde va la mecha encendida, lo que los transformó en inservibles. De eso se enteró el capitán Pérez de Vargas, a través de un sistema de comunicación tan rudimentario como era una misiva que le envió la heroína, lo que no es para nada sorprendente ya que las cartas que atravesaban las filas enemigas, o las paredes de los palacios, formaban parte de la parafernalia de aquella época. La misiva le permitió con otras fuerzas españolas planear la captura definitiva de Castro.

Pero ni doña Inés, ni el soldado Pedro de Torres que la apoyó en su iniciativa pudieron huir de la ciudad. Fueron delatados. Cordes lo hizo ahorcar en presencia de la indoblegable española, para que viera con sus propios ojos lo que era morir en la horca. Doña Inés no pidió clemencia, ni hizo valer su condición de mujer; aun más: ni se inmutó. La imaginamos subiendo valerosamente al improvisado cadalso dispuesta a enfrentar la muerte, satisfecha por el hecho de saber que, gracias a ella, estaban inutilizados los cañones enemigos y que las tropas españolas pronto entrarían en Castro. Quizás por esa inesperada valentía, por una admirable soberbia, con la soga ya colocada en el cuello, Cordes le perdonó la vida. Pero fue no menos cruel: la hizo azotar con una ferocidad inusitada.

La historia terminó como era de esperarse, con el triunfo de los buenos y la fuga de los malos, como en las mejores películas de piratas producidas por Hollywood. En la batalla murieron numerosos holandeses y Baltasar de Cordes, después de innumerables peripecias y acrobacias, logró llegar a la *Fidelidad*, levar anclas, izar las velas y echarse a navegar. No fue demasiado lejos, ya que quedó varado en un arrecife chilote y salvado por una habitual y exagerada marea, que en la isla tienen una variación de siete metros. Los castigos hispanos, por otra parte, fueron ejemplares: se ahorcaron a más de treinta caciques traidores. La fortuna, en cambio, le tenía reservado otro final a Baltasar de Cordes, que después de su frustrada invasión a Chiloé se adentró en el Océano Pacífico y navegó hasta la isla de Tidor, en las Molucas. Pero allí no lo estaban esperando las especias, ni los codiciados granos de pimienta, ni ciudades incautas para devastar; en efecto, lo esperaban los portugueses: lo capturaron, lo arrojaron a un

calabozo en Malaca y, por último, fue acuchillado con varios miembros de su tripulación.

Los españoles nunca olvidaron este episodio. Por eso, cuando se produjo el segundo ataque holandés, en 1643, es decir, cuarenta y tres años después, ya estaban preparados. Cuando el almirante holandés Henrik Brouwer llegó a Castro, encontró la ciudad incendiada, sin víveres, sin poder llevar a cabo el imprescindible pillaje. Los castreños se anticiparon a lo que los rusos le hicieron a Napoleón en su marcha hacia Moscú: dejar todo arrasado. Brouwer, decepcionado, abandonó la isla y puso proa a Valdivia donde le fue mucho mejor, ya que tomó la ciudad.

Pasó un siglo para que en Chiloé se vieran otras notables presencias extranjeras. Hubo una visita imprevista, también de un enemigo, pero no sólo fue inofensiva, sino que sirvió para saber cómo eran las costumbres de la isla, cómo vivían los chilotes, cómo actuaban las autoridades y cómo se manejaban los jesuitas, que se habían instalado en 1608.

Los testimonios acaso más válidos son los de los viajeros ingleses que, a pesar de su anticlericalismo, poseían una visión aguda e imaginativa de las tierras australes. El primer británico que escribió sobre Chiloé fue John Byron, abuelo de Lord Byron. No se trató de un viajero –como en el caso de Charles Darwin- sino de un preso político.

En 1739, España e Inglaterra entraron en guerra y Lord Anson, con seis navíos, zarpa de Portsmouth con el objetivo algo optimista de dar caza a barcos españoles en el Pacífico, en lo que bien podría denominarse *wishful thinking*. Si bien los marinos ingleses eran eximios navegantes, desconocían un punto en los confines del mundo donde estaban a merced de Dios, más que del sextante y de la pericia náutica: el Cabo de Hornos, con oleaje que recordaba a los momentos de la Creación. Allí chocaban dos océanos –el Atlántico y el Pacífico-, y ese encuentro podía resultar fatídico si las corrientes, el oleaje y los vientos contribuían a que el escenario se asemejara al caos original. En suma, cuando las embarcaciones de Lord Anson llegaron a esas latitudes, las tempestades se encargaron de diezmarlas. Sobrevivió, sin embargo, una fragata, la *Wager*, en la cual se había enlistado el guardiamarina John Byron que, con los años, logró notables progresos en su carrera naval, ya que fue almirante británico y gobernador de Terranova, en el Canadá. Pero es más recordado por otras circunstancias: ser el abuelo del poeta romántico Lord Byron, y haber sobrevivido un naufragio, por haber vivido según los usos indios, y por haber estado preso en Chiloé, dejando en su libro una acuarela impecable y riquísima de la isla y de sus costumbres en el siglo XVIII.

La fragata *Wager*, en las islas Guayanecas, es decir, al sur de Chiloé, golpeó una roca, se abrió un inmenso rumbo en el casco y, a duras penas, pudieron llegar a una isla próxima. Y, como suele suceder en los relatos de naufragos, pasó de todo: desde amotinamientos, hasta la construcción de otra nave, la *Speedwell*, con los restos de la fragata, en la cual partió un contingente. *To make this story short*, John Byron permaneció en las islas, atravesó mil peripecias y aquí surgen diversos relatos acerca de sus andanzas. En su libro, *El naufragio de la fragata Wager*, escrito en 1768, revela que, para sobrevivir a la soledad, al clima, al hambre y a la desolación

de esas islas, convivió con indios chonos, convirtiéndose poco menos que en uno de ellos, engrasándose el cuerpo y utilizando como abrigo piel de foca y cohabitando con una india que, curiosamente, era tan versada en el arte de amar como una cortesana europea. El hecho es que, después de vivir en estado primitivo, se acercó a las costas de Chiloé, donde fue capturado por autoridades españolas, junto con el capitán Cheap y el señor Campbell.

Fueron llevados prisioneros a Castro, adonde llegaron sucios, hambrientos y llenos de piojos. Antes estuvieron detenidos en alguna remota colina y fueron visitados por un padre jesuita. El sentimiento antipapista y la antipatía por el clero católico surgen del texto de Byron en *El naufragio de la fragata Wager*.

A los tres días vino a vernos un jesuita de Castro, movido no por la compasión, sino por la noticia que había divulgado nuestro cacique de que traíamos cosas de gran valor. Habiendo visto por casualidad que el capitán Cheap sacaba un reloj de oro, de repetición, lo primero que hizo el buen padre fue extraer de su bolsillo una botella de aguardiente y darnos a beber un trago para alentar nuestra confianza. Luego, abordó francamente el punto, preguntándonos si no habíamos salvado algunos anillos o relojes. El capitán Cheap declaró que él no tenía nada, sin sospechar que el indio que lo cuidaba le hubiese visto el reloj, por más cuidado que había puesto para ocultarlo de su vista; pero, sabiendo que mister Campbell tenía un reloj de plata que había pertenecido al cirujano del barco, le insinuó que se lo regalara al jesuita, diciéndole al mismo tiempo que, como estos padres tenían gran influencia y autoridad, el regalo podía reportarnos más tarde algún servicio. Hízolo así Campbell, muy contra de su voluntad, y no mucho después recibió del padre un irrisorio presente que no valdría ni la cuarta parte de la argolla del reloj. Después supimos que la cosa había llegado a oídos del gobernador, quien se había enojado muchísimo, pensando que si alguna cosa de esa clase se podía lograr, había de corresponderle a él de derecho y no que fuesen los jesuitas a aprovecharse de la ocasión.

Byron y sus compañeros fueron adecuadamente alimentados y bien tratados, hasta el punto de que fue invitado a pasar tres semanas en la propiedad rural de una señora de Chiloé. Pero es inevitable que un extranjero sintiera repugnancia por la corrupción de la administración colonial española, por la venialidad de sus funcionarios laicos o religiosos. Y, como protestante e iconoclasta, abominaba de las efigies religiosas, como también de la costumbre pagana de besarlas. Estando como huésped en casa de una señoras chilotas, las anfitrionas extrajeron estampas sagradas y las besaron con devoción, algo que él, como “hereje”, se negó a hacer. Casi de forma inmediata hubo un fuerte temblor de tierra y las señoras abandonaron precipitadamente la casa para evitar que se les viniera encima. La culpa del temblor, naturalmente, se la echaron a John Byron y a las iras divinas.

Contrariamente a este inglés educado en el protestantismo y en la descalificación de Roma, los castreños –como también los habitantes de la

isla- sienten un profundo respeto por los jesuitas, que llegaron en el siglo XVII. Y los contados intelectuales de Castro y Ancud despliegan un análisis histórico de la Compañía de Jesús y en la impronta cultural que dejó en esa tierra. Para ellos –y para una inmensa mayoría- los discípulos de San Ignacio de Loyola introdujeron la cultura en esos parajes salvajes y misérrimos y, uno de sus mayores aportes, fue la alfabetización de los nativos lo cual, varios siglos después, se tradujo en la casi inexistencia de analfabetos. Los primeros en llegar fueron alemanes. Por eso, las iglesias de Chiloé, construidas en tejuela de alerce, con torres empinadas, parecen salidas de Baviera.

La organización administrativa jesuítica, con el trabajo comunitario, los molinos y las herramientas de madera, se tradujo en un sólido andamiaje económico y espiritual, a pesar de la opinión de John Byron.

Y esto es reconocido hasta por los más acérrimos simpatizantes de la izquierda vernácula.

El primero de año, Castro parece haberse convertido en una ciudad abandonada: todo está cerrado, salvo las gasolineras. Ni siquiera los hoteles dan comida a sus huéspedes. Los castreños, entonces, se dedican a practicar una costumbre arraigada en esa sociedad, que es ir a pasar el día –o el fin de semana- al campo. Y por tal debe entenderse alguna cabaña de madera en las colinas o junto a un lago, que pertenece a un pariente, o, si el día está soleado –como ese primer día de enero- se organizan bucólicos picnics en las praderas. Resolví conocer un punto preciso del archipiélago, que había descubierto en un libro de fotografías sobre Chiloé exhibido en la librería *El Tren*. El lugar en cuestión era Detif, una mínima aldea a orillas del mar con su correspondiente iglesia de madera, en el extremo sur de la isla Lemuy; para llegar en automóvil había que recorrer una extensa y angosta lengua de ripio que corría sobre la cresta de las montañas, como si se tratara del lomo de un dragón. Y, aún más, las guías de turismo advertían que las cuestas eran excesivamente empinadas, lo cual significaba que, después de un agudo descenso, podría no haber retorno para el vehículo, incapaz de trepar semejantes verticalidades.

La desolación del primero de año en Castro, no era menos obvia en el camino a Chonchi, desde donde se toma el ferry a Lemuy. Es precisamente en esa zona donde se han erigido numerosas cabañas –algunas se empeñan en imitar a los palafitos, ya que están sobre pilotes en el mar- edificadas para el turismo que, cada año, disminuye en Chiloé. Cada vez son menos quienes se interesan en pasar las vacaciones de verano en la isla, salvo los enamorados de su cultura y los extranjeros, principalmente europeos, que sólo están de paso provenientes de Magallanes o del Parque Nacional Torres del Paine. El fiordo de Castro, al sur de la ciudad, alcanza su máximo esplendor, sobre todo cuando se alcanza Nercón. La pequeña plaza y su exquisita iglesia de madera, apuntalada en las paredes por maderos, como si estuviera a punto de desmoronarse, es quizás el mejor ejemplo de la belleza, pero son pocos los que se acercan a esta pequeña joya eclesiástica.

Chiloé –que significa, en idioma huilliche, *tierra de gaviotas*- es una suerte de Cenicienta que, cuando suenan las doce de la noche, el vestido se transforma en harapos y la enojada carroza en una gigantesca calabaza. Así como la protagonista de la fábula vive apenas una noche, la isla vive sólo un mes, febrero. En esos pocos días se realizan festivales folclóricos –a los cuales los chilenos son adeptos-, acontecimientos, procesiones, festejos, fiestas culinarias, donde intervienen turistas y lugareños: es el único cuarto de hora que salva –lo cual es apenas un decir- a hoteles, a propietarios de cabañas y restaurantes. Pero cuando llega marzo –al igual que las doce campanadas de la fábula- la isla queda nuevamente vacía, como ese primero de año que era particularmente fantasmagórico.

Para cruzar a la isla Lemuy, hay que tomar un transbordador en las inmediaciones de Chonchi. Y es habitual que, mientras se espera la partida, algún lugareño pida ser llevado. En Chiloé, a un foráneo se le llama inevitablemente *caballero*. Así se dirigió a mí Jorge, un joven chilote, que debía llegar el primero de año a la isla Chelín. Era hijo de campesinos, trabajaba en una gasolinera de Castro y, como todos los chilotes cuando viajan, se había puesto abundante perfume. Su familia vivía en una pequeña isla del archipiélago, alejada de los centros urbanos y a cuatro horas de viaje en lancha a Castro. Si existe algo que no es precisamente simple, es mantener un diálogo con una persona que pertenece a la cultura campesina, desconocedora de los códigos urbanos, de la dialéctica o de temas absolutamente convencionales. Son silenciosos y desconfiados. Sus únicos temas de conversación suelen ser el clima, o alguna referencia geográfica del lugar por el cual transitan. Mientras trepábamos las empinadas cuestas que conducen a Ichuac y a su deslumbrante iglesia hecha de tejuelas de alerce, extrajo un teléfono celular y, sin más, se comunicó con su padre en Chelín. Imaginemos cómo era la vida en esta pequeña isla, que es apenas un promontorio con árboles en medio del mar, sin transporte terrestre, sin hospital. Los mensajes eran enviados por radio y tardaban horas –si llegaban- en alcanzar al destinatario. El teléfono celular rompió el aislamiento de los campesinos y pescadores y los colocó drásticamente en el siglo XX. Dejaron de existir parajes remotos. Islas tan apartadas como las del grupo Desertores se integraron al archipiélago. Y Chelín, acaso una de las más bellas, comenzó a comunicarse con el mundo. Lo cual no significa, necesariamente, que las costumbres hubieran cambiado. La exquisita iglesia, con su pórtico de seis columnas y su torre gallarda, aún estaba. El cementerio, cuyas tumbas son casas en miniatura, con techos y ventanas, siguen albergando objetos del muerto para que lo acompañen. Lo único que rompió esa tranquilidad centenaria fue el teléfono celular. Con apenas un llamado, el padre de Jorge prepararía su lancha con motor fuera de borda y cruzaría el pequeño estrecho para esperarlo en Puchilco, lo que hubiera sido inimaginable hace algunos años.

Sin embargo, algunas costumbres se mantienen, como si los años no hubieran pasado. Y Jorge, a pesar de su contacto con lo urbano ya que trabajaba en una gasolinera, probablemente respondía a una cultura sentimental descrita por Pedro Rubén Azócar, antropólogo e intelectual chilote, en *Chiloé: las islas y su mundo*, escrito hacen casi cincuenta años.

Para el universo juvenil existe una independencia especial en esto de las relaciones entre mujeres y hombres, autorizados para ir y venir juntos por campos, playas y bosques, sin que tal independencia o libertad caiga en el libertinaje. Me parece que sucede todo lo contrario, pese a existir una fuerte tensión en la esfera de lo sexual. Para la mujer tal independencia desaparece al aceptar un cortejante y, mucho más, al casarse. Y ocurre en esto del **tener amistad** un hecho que llama la atención: los jóvenes ven en las muchachas que no les son tabú –familiares por consanguinidad, hermanas de sus amigos, hijas de trabajadores en las labores de la familia, hablando de los grupos de mayores ingresos- la posibilidad de una aventura sexual sin preocupaciones de orden ético, pero al enamorarse se convierten en rígidos puritanos. Nada de suspiros o gestos melancólicos, pero sí una mayor participación voluntaria en los trabajos familiares, alguna distancia hacia los amigos de siempre, alguna concesión al buen vestir, menos tiempo en los bailes en donde los grupos sociales, aparentemente, se mezclan sin distinciones y conversaciones más prolongadas con **los mayores de la familia**. Los padres comentarán: “**el chico se hace hombre**”.

En la mujer la situación toma otras expresiones. Contra su pundonorosa manera de ser y actuar –por formación y por naturaleza- se permite manifestar casi abiertamente su preferencia por el elegido. Acepta sin chistar, pero con rebeldía, las sanciones familiares no siempre suaves cuando la oposición paterna las aplica, amando con todo su ser y, tomada su resolución, difícilmente la desviarán de su intento prohibiciones, riesgos o respetos. Y el matrimonio o el amancebamiento, no por imposición social o religiosa, sino por una determinación más profunda y compleja, será de por vida, sin renuncias o vacilaciones y sin separar los ojos de los suyos para “mirar” a otro, aún cuando el hombre volverá a sus inquietudes juveniles y, sin darse cuenta cabal de ello, repetirá sus andanzas, moverá su curiosidad, continuará viviendo de manera acorde con su círculo de amigos.

Jorge descendió en Puqueldón, un villorrio no demasiado interesante, ya que Detif –mi destino- quedaba exactamente para el lado opuesto. La deforestación, en el buen sentido de la palabra, había favorecido a la isla Lemuy: había caminos y praderas, algo que Charles Darwin, cuando la visitó en 1834, no encontró: eran bosques impenetrables que llegaban hasta la orilla del mar.

En el camino a Detif, como en gran parte de Chiloé, es común ver parcelas sembradas, de las cuales surgen unas plantas verdes prolijamente alineadas y que se termina descubriendo que son papas. En realidad, qué importancia puede tener media hectárea de tubérculos, salvo la inevitable curiosidad del viajero por saber de qué vegetal se trata. Lo que el foráneo rara vez conoce, es que la papa forma parte de la cultura y del patrimonio chilote en grado superlativo y que no se limita a un mero ciclo agrícola anual, sino a algo mucho más emblemático y que, si se uniera la imaginación, la tradición y las estrategias globales de marketing, podría convertirse en una insospechada fuente de ingresos para los isleños. La papa forma parte de la

historia misma de Chiloé –al igual que la madera- con lo cual podemos hablar de una cultura y no de un simple cultivo.

Pocos saben que numerosas variedades de papas pasaron de Chiloé a Europa, durante el siglo XVI, llevadas por los españoles. Sir Walter Raleigh la introdujo en la Inglaterra isabelina, pero la papa chilota es mucho más sofisticada y heterogénea que la que existía en América del Norte.

Esta increíble riqueza sin explotar, ha tenido sus reveses en las últimas décadas, ya sea porque las variedades de papa tienden a desaparecer, o porque ha dejado de formar parte del menú cotidiano de la isla. Es inevitable preguntarse cómo un don divino como es la papa en Chiloé está tan desperdiciado. Es interesante reproducir un trabajo de Roberto Santana, para una publicación de la Universidad de Los Lagos, en Osorno.

*“Sobre la difusión de la papa chilota en Europa y en otras áreas del mundo hay muchas zonas oscuras del conocimiento todavía, pero hay acuerdo sobre un punto importante: se sabe que numerosas variedades primitivas chilotas están en la base de famosos semilleros cultivados en el siglo XIX, principalmente en Europa. Entre ellas sin duda una de las más valiosas plantas introducidas en todo el mundo, la **Rough Purple Chili** (Púrpura rugosa de Chile), introducida a partir de 1848 en Norteamérica y que obtenida en Panamá dará origen a la **Early Rose**, posteriormente en Europa. Todas las variedades precoces que no aparecieron sino en el siglo XIX saldrán de allí. Por su lado, Alemania introdujo en 1830 otra famosa variedad, la **Daber**.*

La papa formó parte, desde épocas ancestrales, de la cocina chilota. Existen numerosas variantes culinarias donde interviene este tubérculo: *milcao, baeme, thropon, chapalele, chuño, dempu, erengo, huilqueme*, combinaciones que serían farragosas detallar. Baste saber que forman parte del menú de los isleños. La economía agraria de Chiloé, si la papa tuviera un valor agregado, podría modificarse en forma sustancial. Hasta el momento, el *milcao*, que es pan hecho sobre la base de una mezcla de papa rallada y cocida, manteca y chicharrones, puede satisfacer a la población vernácula, pero es difícil que se adapte al paladar de un extranjero. La papa que se utiliza en el *curanto*, que es el plato típico por excelencia chilote y que incluye papa y milcao, puede ser apenas una anécdota gastronómica en el itinerario de un turista, pero fácilmente olvidable. Para que este tubérculo alcance alturas excelsas en la cocina internacional, hubiera hecho falta un descomunal esfuerzo imaginativo y de producción, con la participación no sólo de productores agropecuarios, sino de autoridades gubernamentales, expertas en marketing, publicistas, chefs y, sobre todo, personas con empuje e imaginación.

Así como Chile ha impuesto la palta Hass en el mundo, Chiloé debería imponer su papa. Imaginemos estar, aunque más no sea por un momento, en un restaurante de París analizando el menú que nos ofrece el maitre. Qué factible y delicioso sería que una carne preparada con los más exquisitos fondos de salsa y vinos de Borgoña, fuera acompañada por *Pommes de terre de Chiloé*. El paladar –y el esnobismo- todo lo puede.

En eso pensaba mientras contemplaba una modesta plantación de papas, con sorprendente declive, camino a Detif. Ese mediodía de verano, la fuerza del paisaje se volvió repentinamente primigenia y en nada se asemejaba a una postal que bien podría haber sido de las montañas suizas o de los fiordos noruegos. La claridad permitía ver los volcanes en el continente chileno, el Hornopiren, el Michimahuida, culminando en el deslumbrante Corcovado. El camino serpenteaba sobre el lomo del dragón. Y fue el recorrerlo lo que hizo aún más primigenio ese escenario: la absoluta soledad, las cuestas absurdamente empinadas, el mar allá abajo, a ambos lados del sendero, el automóvil que, penosamente, trepaba las cuestas gracias a la tracción delantera. Y, finalmente, Detif, que en el dialecto indígena significa *bahía de ruidos*, lo cual no dejaba de ser curioso ya que el silencio es omnipresente. Y su pequeña iglesia de madera de alerce, que sólo se abre los domingos. Los jesuitas habían dotado a las iglesias de torres empinadas, para que los navegantes reconocieran las islas, una suerte de faros espirituales y náuticos que aún hoy sirven de guía a los pescadores en los brumosos días chilotes.

El camino que desciende a Detif debe ser el más escarpado de la región y ni siquiera los automóviles con doble tracción se aventuran a descender. Hay que hacerlo a pie. Y, al recorrer la extensa playa en forma de herradura, se tiene la certeza absoluta de que es uno de los parajes más remotos de Chiloé, un *non plus ultra* donde rara vez llega algún foráneo.

Si ese primero de enero, durante el día, Castro parecía una ciudad abandonada, al anochecer esa ilusión se hizo más aguda, ya que todo permanecía cerrado. No había restaurantes abiertos, ni lugares donde se pudiera comer un sandwich, ni hoteles que sirvieran un mínimo plato de comida. Y cuando se menciona el anochecer, conviene aclarar que, a diferencia del trópico donde el sol cae con sorprendente velocidad, en latitudes australes el proceso es lento, como si la noche nunca llegara. Sin embargo, descubrí un lugar con sus puertas abiertas de par en par al cual acudían los pocos extranjeros que había en la ciudad, como si se tratara de naufragos que descubren una isla. Estaba en la zona del puerto, que no es precisamente la más atractiva. Pero el hotel *Unicornio Azul* –de él se trataba algo más que una isla. Más allá de estar rodeado de edificaciones pobres y poco atractivas, tiene *clima*. Fotografiado por el *National Geographic Magazine*, el viejo edificio de zinc reciclado y construido en una ladera –sin haber podido escapar al ensordecedor graznido de las bandurrias- aún convoca a personajes mundanos que buscan una clase especial de hotelería..

Esa noche, el comedor del hotel estaba atestado de extranjeros y no había ni una sola mesa disponible. Para colmo, un enorme yate se encontraba fondeado en el fiordo de Castro y gran parte de los comensales ocupaban el reducido salón. Fue entonces cuando la vi entrar, algo perpleja y desorientada por la cantidad de comensales. La había visto esa tarde en el transbordador, a punto de zarpar de regreso de la isla Lemuy a Chonchi. Era el último del día, por tratarse del primero de año. Llegó presurosa, casi sin aliento, y cruzó rápidamente la rampa, como si hubiera temido que la

dejaran en esa isla donde ni siquiera existía un hotel para pasar la noche. Si bien es previsible encontrar europeos –preferentemente trotamundos- no lo es, en cambio, hallar a una mujer madura y sola, enfundada en botas negras para sobrevivir en los caminos de ripio de Lemuy. A medida que el ferry atravesaba el pequeño canal, la extraña pasajera contemplaba el paisaje casi con fruición.

Se acomodó en la barra, nos pusimos a conversar y pedimos *piscos sours*. Mientras esperábamos que se desocupara una mesa, supe que era nacida en Suiza, en el cantón italiano y que vivía en Locarno. Leona –ese era su nombre- era profesora de pedagogía y psicología, hablaba en inglés y desplegó el imprescindible historial turístico: había recorrido el sur de Chile y se había aventurado por la Carretera Austral, un temible camino de ripio que conduce a remotas latitudes. Y era inevitable preguntarse qué hacía una mujer como ella en Castro, sola y en Año Nuevo.

-Mi ex marido vive en el Paraguay –aclaró. –Mi hijo está pasando las vacaciones con su padre y me encontraré con él, dentro de unos días, en Santiago.

La pregunta, en todo caso, no era qué hacía ella allí, sino qué atractivo tenía para todas las personas que poblaban esa noche el *Unicornio Azul*, en una isla ignota, con un clima –como luego comprobé- detestable, primitiva y sin las comodidades del hemisferio norte. La respuesta es acaso misteriosa; pero se puede afirmar que Chiloé, como el extenso sur de Chile que se extiende más allá del Estrecho de Magallanes, ejerce un poder casi hipnótico sobre el viajero, precisamente por la soledad y el dramatismo de sus paisajes. Posiblemente el europeo, el norteamericano o el canadiense busca lo que no encuentra en su tierra: una cultura por momentos primigenia, la absoluta ausencia de lo industrial y un curioso estado del alma que otorgan esas latitudes, que se asemeja al extrañamiento. Pero volvamos a Leona, con quien mantuvimos –hasta que amenazó agotarse- un diálogo convencional y hasta mundano durante las dos horas que esperamos en la barra hasta que se desocupó una mesa. Cuando finalmente tomamos asiento y leímos un amplio menú a la carta, descubrimos que poco quedaba de lo que figuraba en la lista: ella se conformó con un previsible salmón de mar, y yo con un *pil pil de camarones* que, cuando depositaron este último sobre la mesa, eran de tamaño ínfimo. Leona, entonces, me ofreció parte de su salmón.

La comida y los ininterrumpidos *piscos sours* permitieron que la conversación se apartara de las pautas más convencionales. Lo primero que me reveló fue que su ex cónyuge no era paraguayo, sino suizo. Había trabajado toda su vida en proyectos de desarrollo para países del Tercer Mundo, lo cual obligó a Leona a vivir en los lugares más imprevisibles. Pasó a enumerar las tierras exóticas en las cuales habían vivido. Katmandú fue el primer destino del joven matrimonio suizo, lleno de ideales y de expectativas. Durante cuatro años, Leona absorbió la cultura nepalesa, conoció monasterios y vislumbró las nevadas cumbres del Himalaya. Imaginemos a esta mujer, joven y probablemente bellísima, absorbiendo todo lo que ese mundo le ofrecía, desde las caminatas por valles iridiscentemente verdes enmarcados por las montañas más imponentes del mundo, hasta la curiosidad compulsiva por conocer los secretos de esa tierra. Cuatro años viviendo en otra dimensión, recién casada, con una inagotable capacidad de

asombro. Luego, fueron cuatro años en Nigeria, lo cual equivalía a pasar drásticamente de una cultura a otra, del intenso frío al desmesurado calor. Pero Leona debió ser una mujer infatigable en su búsqueda de nuevas fuentes culturales. Y así, en los años siguientes, mientras su marido trabajaba en economías emergentes intentando desarrollarlas con la precisión de un reloj suizo, fueron saltando de país en país, de cultura en cultura, durante veinte años. Vivió en Senegal, en Indonesia, en Vietnam.

Ese bagaje existencial explicó, en parte, el estar recorriendo sola el sur de Chile. Pero la mera mención de su prolongada estadía en Vietnam excitó mi imaginación, ya que había vivido cuando ese país había optado por encerrarse en sí mismo. Qué habría hecho una suiza en una tierra oriental y xenófoba, con un idioma imposible de entender, más allá del paraguas protector que le brindaba el cargo de su marido, que gozaba de una suerte de status diplomático.

-Hanoi es una ciudad peligrosa, muy peligrosa –enfaticó. –Estuvimos cuatro años, lo cual es mucho decir. Curiosamente, todo, absolutamente *todo*, está con candado. Existe una costumbre casi patológica por los cerrojos. Llegó un día que dije basta. Me había cansado de esa vida esquizofrénica, viviendo en países imposibles. Vietnam fue la gota que rebalsó el vaso.

Esa decisión, según Leona, provocó el divorcio. Era llamativo, sin embargo, que una mujer de sus características pusiera fin a un matrimonio por el solo hecho de tener que vivir en países exóticos. Eso podría sucederle a una mujer burguesa, sin vuelo intelectual, pero no a ella que, además, era psicóloga y pedagoga. De haber sido así, no la habría conocido cuando saltaba a un transbordador que partía de Lemuy. Ni habría caminado por los pedregosos y empinados caminos de la isla, ni llegado hasta Aldachildo, ni lamentado no haber podido conocer la iglesia por estar cerrada, ni haber hecho autostop para regresar al embarcadero. Hubiera sido más previsible, en todo caso, haberla encontrado en una isla griega, o en Luxor. Algo había sucedido en ese matrimonio y estaba lejos de ser el cansancio que pueden llegar a deparar los países exóticos. Inesperadamente, le pregunté si su marido se había vuelto a casar.

Leona bajó la vista y permaneció pensativa. Pero fue apenas un instante cuando su expresión perdió el aplomo de una mujer viajada y surgió una imprevista vulnerabilidad. Retomó su amplia sonrisa y respondió desplegando un impecable ejercicio de estilo

-Se casó con una vietnamita, de Hanoi.

Esa respuesta, envuelta en una gestual mundana, equivalía a una confesión. Lo más doloroso, quizás, es que había sido reemplazada por una mujer oriental, sin la cultura europea de su marido y que, con los años, hasta sería físicamente poco atractiva. No permitió –con particular insistencia- que pagara la comida. Sólo aceptó que la invitara con los *piscos sours* y el taxímetro que nos condujo a nuestros respectivos hoteles. Haber intentado trepar a pie la empinadísima cuesta de la calle Blanco habría sido temerario a esa hora de la noche y después de tantos cócteles.

Leona, a la mañana siguiente, partió temprano rumbo a Santiago. Y como vivía en un hotel enfrente del mío, dejó en el parabrisas de mi automóvil un diario en inglés de hacía varios días. Había escrito en él: “Es viejo, pero tiene

buena información”. También me dejó su dirección de email, aunque nunca me respondió los que le envié.

Languidece, a pesar de ser exhibida como una rara curiosidad, con las correspondientes placas de bronce donde puede leerse “Ferrocarriles del Estado, 5057 MSB”. Es la vieja locomotora de trocha angosta que unía a Castro con Ancud. Es pequeña, casi de juguete, como la mayoría de las cosas en Chiloé: la gente de baja estatura, los trenes, los caballos, los edificios. Todo es pequeño. Durante cuarenta y ocho años, trasladó pasajeros y carga desplazándose por las praderas chilotas, cruzando puentes de madera, bosques, subiendo y bajando la imprevisible geografía. Languidece frente al *Unicornio Azul*, en el malecón, que era la vieja estación del ferrocarril. Ya nadie recuerda el tren y es apenas una vaga referencia en la memoria popular. Lo recuerda, sí, Pablo Neruda, en un fragmento de una carta dirigida a Rubén Azócar, legendario escritor chileno casado con una joven de Chonchi, y de cuya hermana, Albertina, Neruda estuvo profundamente enamorado, dedicándole poemas memorables. La carta estaba fechada en Ancud el 25 de abril de 1925 y reproducida en bronce al pie de la locomotora.

“ Y es por eso que nunca este ferrocarril sería la potencia.

*No era este aquel coloso negro, brillante, que corajudo posaría
dragoneando hasta la locura los puentes o la eternidad.*

No cometió embestidas fatales, ni derribó niños ni nocturnos suicidas.

*Era este un tren lluvioso, lento, un delgado hongo húmedo que
reptaba por la montaña. La babosa grande que camuflada de coihue, se
detenía a oler los arrayanes del riel.*

*Débil fierrecillo apercancado. Oxidado y en donde los líquenes
brotaban a cada palabra. Y aunque las sanguijuelas de La Piruquina trataron
de succionar algo de aquella tristeza que emanaba de sus fierros, fue en
vano, lo digo porque su vapor era como la sangre del carrilano huilliche, de
los ámbitos del cielo...”*

El cielo de Chiloé, a fines del siglo XIX, era de difícil percepción: estaba encapotado por el bosque espeso que todo lo cubría y que se empeñaba en trepar hasta por las laderas de la cordillera de Pirulil. Había que contemplarlo desde la ciudad, desde la playa o desde el mar. Lo cual indica qué difícil era trasladarse de un punto a otro. Ir de Ancud a Castro significaba hacerlo a caballo –como Darwin- demorando días, mientras los equinos pisaban senderos de maderas atravesadas para no hundirse en la tierra húmeda. Pocos se aventuraban a recorrer semejantes distancias. Había que trasladarse en barco, recorriendo al archipiélago y desafiando corrientes y mareas desmedidas. Pero Chile, precisamente a comienzos del siglo XX, se había transformado en el paradigma del *progreso*, en un país que había copiado el modelo económico europeo: se extendieron miles de kilómetros de vías férreas, de norte a sur, y hasta se construyó el ferrocarril

trasandino, que unía Santiago con Mendoza, un prodigio de ingeniería, una suerte de *Meccano* que serpenteaba en las alturas nevadas. Sin embargo, Chiloé no tenía ferrocarril.

La isla había permanecido librada a su propia geografía que imponía penurias a los transeúntes. Pero un día llegó el tren. Fue en 1912 y los chilotes pusieron fin a un aislamiento de siglos. Con qué rapidez se podía llegar de Castro a Santiago. Ocho horas en tren a Ancud, siete horas por mar hasta Puerto Montt y nuevamente el tren, con espléndidos camarotes y salón comedor que en menos de dos días llegaba a la capital. Antes hubiera demandado semanas de navegación. Pero el ferrocarril de trocha angosta de Chiloé estaba lejos de ser lujoso, lo cual no molestaba a sus habitantes. Eran apenas tres coches, dos de pasajeros y uno para bodega. Los que viajaban en primera clase, disponían sólo de cuatro asientos tapizados; quienes lo hacían en “tercera”, debían sentarse en asientos enfrentados a lo largo del vagón, de madera rústica, donde apenas quedaba un mínimo espacio para que pasase el inspector que vendía los boletos. Para los viajeros, no obstante, era más que suficiente. Porque durante el trayecto, los cuarenta pasajeros de la clase que ahora se denominaría económica, se conocían, conversaban, comían sandwiches y tomaban vino. Y en Puntra, a mitad de camino entre las dos ciudades, todos bajaban a almorzar. Allí, en el frondoso bosque de olmos y avellanos había un chalet alemán donde una anfitriona teutónica ofrecía a los pasajeros toda clase de delicias culinarias.

La solidaridad —o la necesidad, según se contemple— funcionaba a la perfección durante los días de lluvia o cuando las heladas eran intensas. Vasallo Rojas y Matus Gutiérrez, en *Ferrocarriles de Chile, Historia y Organización*, reproducen el testimonio de César Asencio, un asiduo pasajero a partir de 1949.

Los sufrimientos del maquinista, funcionarios y pasajeros se producían en los días de heladas y lluvias. Los rieles se ponían resbaladizos y el tren no podía subir las cuestas que había en el trayecto. Entonces teníamos que bajarnos a empujar el tren. Los pasajeros se situaban en los extremos de los carros y empujaban entre risas y tallas. Un empleado del tren se colocaba en la punta saliente que la máquina tenía a manera de parachoque y de allí iba colocando la arena a la línea a medida que avanzaba con lentitud. Una vez vencida esta dificultad, aceleraba muy ufano despidiendo humo y chispas por doquier”.

Esas chispas, cuando el tren ingresaba a Castro y dada la proximidad a la vía de algunas viviendas de madera, solían producir incendios que eran sofocados por los vecinos del lugar.

Un domingo de fines de mayo de 1960, a las tres de la tarde, tembló la tierra con una intensidad que no se conocía desde el siglo XVI. Fue una furia primigenia, como si se estuviera pasando de una era geológica a otra y hasta el mar contribuyó, con olas gigantescas, a ese Apocalipsis. Chiloé sufrió el impacto del terremoto y de las persistentes réplicas que aterrorizaban a los habitantes. Las líneas férreas cuidadosamente trazadas por los ingenieros fueron engullidas por la tierra y desaparecieron, como si

nunca hubieran existido. Laderas y bosques enteros se desplomaron hacia las entrañas de la tierra y los puentes de madera se quebraron en mil pedazos. En apenas una tarde, se destruyó lo que tanto había costado construir y, peor aún, concluyó el único medio de transporte terrestre de los chilotes.

Del viejo ferrocarril nada queda, salvo algunas nostálgicas estaciones y la antigua locomotora, que languidece en el muelle de Castro.

* * *